

Fué necesario tomar calle por calle, apoderarse una á una de las casas, batirse al pié de cada muro, conquistar cada cañon despues de luchar con la espada de hombre á hombre: combates dignos de los tiempos antiguos, de los tiempos heróicos, que duraron veinte y cuatro horas. Los napolitanos, hoy los primeros soldados de Italia, espulsaron á los enemigos de la gran ciudad, les persiguieron hasta las alturas cercanas y les acabaron de esterminar en ellas. Tomaron toda la artillería de Mesina, municiones y bagajes: 219 cañones, 34 obuses, 20,000 bombas y balas, 115,000 cartuchos, etc., etc., cayeron en poder de Filangieri. ¡Victoria para siempre memorable!

Mesina la infortunada no era mas que un volcan espantoso de donde se elevaban espesos torbellinos de humo y ardientes llamaradas; en todas partes habia escombros y cadáveres. Los sicilianos al marchar habian prendido fuego á la capital, á imitacion de los incendiarios de Moscow. Corria muy acreditada la noticia de que Palermo cooperaba á la destruccion de su rival Mesina.

Sea de esto lo que quiera, luego que entraron vencedores los napolitanos en el volcan que formaba la ciudad vencida, arrojaron á un lado sus armas para apagar el incendio que ardia como un torbellino á su vista, á su pesar y contra ellos, comenzando así, despues de haber combatido con los hombres, una lucha con los elementos. Triunfaron empero de todos, y si la sangre habia desaparecido bajo el fuego, la generosidad apagó las llamas, y la gloria borró las manchas de los crímenes.

De haber proseguido Fernando II inmediatamente despues de la toma de Mesina el curso de sus victorias, se habria apoderado en pocos dias de toda la Sicilia y sofocado completamente la rebelion; mas la Inglaterra se interpuso entre el rey vencedor y los facciosos vencidos. El lord Parker, almirante inglés, que contaba con el apoyo de la escuadra francesa, solicitó y obtuvo un armisticio en nombre de la humanidad.

Durante esta tregua se entablaron negociaciones acerca de la paz por mediacion de la Inglaterra, representando en ellas la Francia un papel secundario.

El rey de Nápoles, siempre clemente y magnánimo, hizo las proposiciones mas generosas, otorgando á la Sicilia, con abnegacion admirable, las mas amplias concesiones, hasta el punto de prometer una completa amnistia, *sin escepcion alguna*; pero los almirantes Baudin y Parker, deseosos de imponer al rey las condiciones que exijia la Sicilia, rehusaron obligar á ésta á que aceptase las del rey.

Contento y orgulloso el parlamento de Palermo con el apoyo de las dos grandes potencias de Europa, rechazó todo acomodamiento con el

mas altivo desden, y desvanecido con locas esperanzas, quiso hablar como señor; lo cual tuvo el rey de Nápoles á dicha, porque la terquedad de los rebeldes le forzó á conservar su autoridad legitima.

El lord Parker marchó de Nápoles á Palermo, acompañado del ministro francés Rayneval, á vista del cual gritaron los sicilianos: "No queremos república!"

El gobierno palermitano se mantuvo inflexible, las escuadras francesa é inglesa se retiraron, y terminaron las negaciones con esta hermosa frase que el rey habia pronunciado ya anteriormente: "Los sicilianos han querido valerse del *derecho de la fuerza*, ¡pues bien! yo me valdré de la *fuerza del derecho*."

Rompiéronse nuevamente las hostilidades el 29; pero; cómo remediaría la Sicilia las pérdidas de Mesina, de una parte de sus provincias, del fuerte de Milazzo y de su material de artillería!..... El polaco Mieroslowsky, que antes habia mandado en gefe á los insurrectos del ducado de Baden, y merced á sus recientes derrotas sobre el Rhin estaba disponible, se habia encargado de salvar la Sicilia, á cuyo fin recorria el reino en medio de las ovaciones revolucionarias. Palermo levantaba fortificaciones en su derredor, viéndose allí á las damas mas elegantes armadas con palas y con picos conducir la tierra en carretones. Por todas partes se armaban milicias voluntarias indisciplinadas, llamadas *escuadras*, espantoso hacinamiento de salteadores y militares retirados á quienes se nombraba *congedati*, cuya exaltacion facticia no era sino alboroto y desórden, fuego de paja sin consistencia y patriotismo de teatro.

El general francés Trobriand, que habia ido allí á perder su antigua reputacion militar, miraba con dolorosa compasion aquellos eolos inflados y vanidosos, odres henchidos de viento que reventaban hinchándose, ó bien cohetes voladores que habian de apagarse al momento, apenas encendidos.

Hé aquí cómo pintaba Mieroslowsky, por medio de su edecan, al gobierno y á sus causa-habientes:

"Estos *insensatos* (los ministros), escribia el edecan, no veían que salvo el general y la fuerza poca ó mucha que se le confiase, de presidiarios ó de hombres de bien, nadie habia, absolutamente nadie, en toda la estension de la Sicilia, que se hallase dispuesto á disparar ni un solo tiro (1). De pueblo tan fanfarron y jactancioso no puede sacarse partido para nada que sea grave y serio, ni servicio ninguno regular y ordenado

(1) Relacion de la campaña de Sicilia en 1849, pág. 15.

en pró de la causa pública; no sabe mas que vaguear, chillar mucho y huir (1).”

Con tan insolente exageracion se atrevia á hablar el vencido de Baden del país que le habia confiado su destino.

Entre los defensores de Sicilia habia un batallon francés que se completó con dos compañías de la guardiá móvil de Paris. “Tal era, segun la relacion ya citada, el único elemento sólido; el que hacia todo servicio que exigiese órden y vigilancia (2).”

Mieroslowsky ocupaba las montañas y desfiladeros por donde necesariamente habia de pasar el ejército napolitano. Con tropas aguerridas, hubieran sido inespugnables aquellas posiciones; mas la toma de Mesina habia herido de muerte á la revolucion siciliana, y los arranques democráticos del general polaco no hallaban eco entre las poblaciones de la comarca: por donde las batallas de Mieroslowsky no iban á ser mas que una continuada y lamentable série de desastres.

Filangieri salió de Mesina después de haber pasado revista á sus tropas, las cuales se entusiasmaron extraordinariamente al saber que iban á entrar en campaña. El coronel siciliano Interdonato intentó defender el paso de Nisi; pero derrotado aun antes de pelear, tuvo que retirarse á las vecinas montañas, en donde se dispersaron sus tropas. Primer desastre.

El primero de Abril de 1849 atacaron los napolitanos la formidable y casi inaccesible posicion de San Alessio, desbaratando no tan solo á los escuadrones sicilianos, sino á la caballeria extranjera que los apoyaba en sus operaciones. El coronel Santa Rosalia huyó tambien á las montañas. Segundo desastre.

Asi quedó espedito el paso á Filangieri por los dos temibles desfiladeros que guardaban á *Taormina*, último baluarte de la provincia, inespugnable por el lado de la costa, y construido sobre una roca escarpada. Una sola compañía de algun valor hubiera bastado para defender contra todo un ejército el tortuoso sendero que conducia á aquella aldea, y que fué cortado y destruido. *Taormina*, además, está rodeada de montañas, y todas ellas se hallaban erizadas de bayonetas y piezas de artillería. Los soldados de Filangieri, ágiles como gamos, escalaron aquellas rocas sin curarse de las metralladas enemigas, desalojaron á los sicilianos, después de varios combates reñidísimos, hasta que, por último, los quince mas valientes llegaron á la cúspide de la montaña, y entraron solos en *Taormina*, poniendo en completo desórden á la guarnicion, que á la vista de

(1) Relacion de la campaña de Sicilia en 1849, pág. 15.

(2) Ibid. pág. 59.

aquellos quince héroes no pudo menos de creerlos seguidos por numerosas legiones, y les abandonó la artillería, almacenes, municiones y víveres, Tercera derrota (1).

Mieroslowsky declara en su relacion que se vió obligado á disparar sobre sus propias tropas para contener su fuga. ¡Singular manera de rehacer á los dispersos! Para él, por lo visto, aquellos leones de majestuosa melena no eran mas que liebres de ágiles piés. Citemos testualmente su frase.

“El general se veia reducido al *oficio* de verdugo, por cuanto los soldados habian renunciado al *suyo* (2).”

Reproduzcamos tambien esta otra confesion del gefe polaco.

“Puestas de acuerdo todas las poblaciones del litoral con el general Filangieri, se habian retirado á las montañas, haciendo traicion á la causa revolucionaria (3).”

Ahora bien: ¿cómo concordar estas palabras con las del parlamento de Palermo?

“El entusiasmo revolucionario del patriotismo y de la independencia inundó á toda la Sicilia.” (Periódicos sicilianos, Marzo de 1849.)

Después de esta última victoria, que valió á Filangieri el título de *duque de Taormina*, entraron los napolitanos en *Aci-Reala*. Los habitantes de la ciudad, en número de veinte y cuatro mil, corrieron á su encuentro con banderas blancas y ramos de oliva, gritando con efusion; *viva nuestro rey Fernando!* El pueblo y los soldados se abrazaron; la alegría brillaba en todos los semblantes, y las autoridades y el clero ofrecieron á Filangieri dones patrióticos, que poco antes habian recibido de *Catania*, consistentes en una rica espada guarnecida de oro, y una bandera tricolor con franjas de plata. ¿Dónde estaba, pues, el entusiasmo revolucionario de la Sicilia?—Habia mudado de estandarte.

Catania quedaba por someter: *Catania*, el baluarte de la revolucion, el punto central de la resistencia, la última fortaleza de los rebeldes.

Allí se encontraba Mieroslowsky con todas sus tropas regulares, la tercera parte de todos sus guardias nacionales, sus *escuadrones*, sus *licenciados*, y todos los somatenes bajados de las montañas. Los catanenses habian fortificado hábilmente una posicion inespugnable á cinco millas de sus muros. Filangieri ordenó atacarla. Los sicilianos, al abrigo de sus bastiones, y armados de largos fusiles ingleses, hacian un vivo y mortífe-

(1) Los víveres fueron distribuidos por órden de Filangieri á los pobres de la comarca.

(2) Relacion ya citada, pág. 34.

(3) Idem, pág. 30.

ro fuego. El primer regimiento napolitano quedó en el ataque horriblemente destrozado, cayendo gravemente herido en el rostro el teniente coronel *Marra* (1). Furiosos los sitiadores, se precipitaron sobre la aspillera muralla que había diezmado sus filas, y fué tomado el reducto. Mieroslowsky emprendió al punto la retirada. Cuarta derrota.

Desde este sitio hasta Catania, quedó el camino cubierto de cadáveres, pues hubo que ganar palmo á palmo el terreno. Cada paso ofrecía una fortaleza inesperada, barricadas levantadas por ensalmo, murallas mortíferas, minas que reventaban, casas que vomitaban fuego. Los soldados de Filangieri tuvieron que atravesar uno á uno esta interminable cadena de obstáculos. Las casas fueron tomadas é incendiadas, atacados y conquistados los fuertes, barridos los parapetos, y lanzado el enemigo de todas partes.

Llegados á Catania los cazadores de Filangieri, picando la retaguardia de los fugitivos, forzaron las puertas de la ciudad, echando por tierra las dos primeras barricadas de la calle ancha del *Corso*, donde se apoderaron de seis cañones. Pero al internarse en las calles encontraron una resistencia tenaz y desesperada, viéndose acribillados desde los balcones, ventanas y tejados. A cada paso caían multitud de cazadores muertos ó heridos: sus oficiales no cesaban de gritarles *¡adelante! ¡adelante!* y no hubo soldado en pié que retrocediese desalentado.

Habíase replegado el enemigo: pero á su retaguardia caen sobre él nuevos batallones napolitanos; se le hostiga por la derecha; se le rechaza por la izquierda; y se hace general el combate. Aquel momento decidió de la suerte de Sicilia.

Fué preciso ir tomando casa por casa, con especialidad en las calles principales. Principiaban á escasear los cartuchos entre los cazadores de Filangieri; mas esto importaba poco, pues les quedaba el arma blanca. Por un lado el 4.º regimiento suizo había barrido cuanto encontró por delante, y tomado por otro, un cuerpo de napolitanos, los cañones escalonados que defendían las avenidas de Catania. En esto, anunciaron á Mieroslowsky que la reserva colocada en la puerta de *Aderno* estaba completamente desbandada. “Pues bien, replicó el general, nosotros “solos harémos de cuerpo de batalla, de guerrillas y de reserva: adelante, ¡y muera el Borbon!”

No bien hubo de acabar de pronunciar estas palabras, cuando recibió un balazo en la garganta: vacila, y cae sin conocimiento en los brazos de su ayudante de campo. Desde este momento, todo quedó perdido para la revolucion siciliana, que recibió el verdadero golpe de gracia, sien-

(1) Le reemplazó Pianelli.

do general el espanto y desordenada la fuga. Esta fué la quinta derrota.

El caso no tenía remedio; el lance era decisivo.

Tomada Catania con cincuenta cañones, doce banderas y considerable copia de fusiles, no era ya posible ningun género de resistencia. *Siracusa* se sometió, no obstante hallarse guarnecida de 2,000 soldados y 31 cañones, por haber faltado allí la gana de defenderse.

Lo mismo hicieron á toda prisa, *Augusta*, *Noto*, y todas las plazas fuertes de la costa, entrando en ellas los vencedores, aclamados por el pueblo, que daba lleno de gozo mil gracias al cielo por verse libre de sus libertadores: y en menos de ocho dias, segun las mismas espresiones de Mieroslowsky, se pronunciaron por el rey *Fernando II* las tres provincias de *Mesina*, *Catania* y *Siracusa* (1).

Ahora no será malo trasladar aquí una de las proclamas de la *Joven Italia*, fijada en los pueblos y en los campos, no ocupados á la sazón por los vencedores, y publicada despues de la toma de Mesina, segun el habitual sistema de engañifa enseñado por Mazzini:

“¡Alabado sea por siempre Dios! Esta mañana hemos recibido un boletin oficial anunciándonos que *doce mil ángeles palermitanos* han arrancado la hermosa *Catania* de las garras de los viles satélites del tirano, los cuales han encontrado allí su tumba. ¡Regocijaos! ¡Regocijaos! ¡Regocijaos! Nos apresuramos á comunicar esta inmortal victoria de nuestros héroes patriotas, á fin de que los corazones sicilianos palpiten de marcial alegría, y tengan presente que una nacion compacta no puede jamas ser vencida. Dios protege nuestra santa causa. ¡Viva la union! ¡Viva Palermo!”

El comisario general, CRISPIN.

Y por cierto que debiera de haber firmado *Crispin* para que despues del drama, viniese el sainete (2).

Palerino se encontraba sumida en el mayor estupor. La magnífica entrada de Filangieri en Coltaniseta, capital de provincia, había sobrepujado en loco entusiasmo á cuanto pudiera imaginarse. Diez y seis mil habitantes con palmas y coronas precedían al vencedor; se echaron á vuelo las campanas; numerosas orquestas entonaban el *himno de los Borbones*, y los balcones, ventanas y azoteas, poblados de alegres gentes, estaban empavesados de banderas blancas. Filangieri fué llevado en bra-

(1) Relacion de la campaña de Sicilia en 1849, pág. 54.

(2) La tal proclama se encuentra en “La Sicilia nel Marzo e dopo il Marzo” 1849, pág. 42

zos de la muchedumbre, y á los gritos de "viva el rey," hasta la catedral, donde se entonó el *Te Deum*.

"¡ Mueran los revolucionarios de Palermo! Clamaba la multitud siciliana. ¡ Abajo *Ruggiero Settimo*! ¡ Armas! ¡ armas! y marcharemos en union vuestra contra ellos. ¡ Viva nuestro buen rey Fernando II (1)!"

Con todo, el gobierno palermitano seguia tomando algunas medidas ruidosamente revolucionarias. *Stabile* habia escrito á *Microslawsky*, encargándole que volviese á Palermo inmediatamente; y no obstante su herida, el general acudió al llamamiento: pero, *¿qué podia hacerse en vista de la desaprobacion de la inmensa mayoría del país?* (Palabras del gefe polaco) (2).

Todavía el rey de Nápoles se dignaba ofrecer una amnistia á los insurgentes; pero de esta vez escluia á cuarenta y tres gefes, designándolos por sus nombres. En su consecuencia las cámaras, á despecho del poder ejecutivo, decretaron enviar á Fernando II un acta de sumision absoluta (3); mas los penados, los presidiarios y los bandidos de todo género que habian sido armados, estimando que les seria imposible obtener gracia, gritaron; *traicion!* y continuaron poniendo á la ciudad en confusion y desórden.

Los principales miembros del gobierno, rechazados por las cámaras, y no comprendidos en la amnistia, juzgaron prudente tomar las de Villadiego. La autoridad municipal empuñó las riendas del Estado, sin lograr desgraciadamente impedir que una horda de revolucionarios saliese á asaltar el cuartel general de *Filangieri*, situado á algunas millas de Palermo. Hubo con este motivo tres dias de lucha, hasta que, cercándoles el general por todas partes, los deshizo completamente (4).

De tal modo habian assolado á Palermo sus defensores antes de partir, que el general *Filangieri* suspendió su entrada triunfal, á fin de dar tiempo á que se escombrasen las ruinas y se preparasen los cuarteles. Durante este intervalo fueron espulsados los anarquistas extranjeros, principian-do por el general polaco: los no comprendidos en la amnistia partieron al destierro, y todos los culpables perdonados regresaron á sus hogares.

El 15 de Mayo de 1849, aniversario de la victoria de Nápoles, entraron en Palermo las tropas de *Filangieri*, fuertes de 17,000 hombres. A la par aparecia en el puerto la armada napolitana. La revolucion de Sicilia tocó á su fin; y el rey de Nápoles no abrigó ya en su corazon otro pensamiento que el de aliviar las desgracias y reparar los desastres.

(1) Sicilia nel Marzo, etc. 1849. pág. 44.
(2) Relacion ya citada, págs. 61 y 62.
(3) Relacion citada, pag. 62.
(4) Diario de Sicilia, Mayo de 1849.

zos de la muchedumbre, y á los gritos de "viva el rey," hasta la catedral, donde se entonó el *Te Deum*.

"¡ Mueran los revolucionarios de Palermo! Clamaba la multitud siciliana. ¡ Abajo *Ruggiero Settimo*! ¡ Armas! ¡ armas! y marcharemos en union vuestra contra ellos. ¡ Viva nuestro buen rey Fernando II (1)!"

Con todo, el gobierno palermitano seguia tomando algunas medidas ruidosamente revolucionarias. *Stabile* habia escrito á *Microslawsky*, encargándole que volviese á Palermo inmediatamente; y no obstante su herida, el general acudió al llamamiento: pero, *¿qué podia hacerse en vista de la desaprobacion de la inmensa mayoría del país?* (Palabras del gefe polaco) (2).

Todavía el rey de Nápoles se dignaba ofrecer una amnistia á los insurgentes; pero de esta vez escluia á cuarenta y tres gefes, designándolos por sus nombres. En su consecuencia las cámaras, á despecho del poder ejecutivo, decretaron enviar á Fernando II un acta de sumision absoluta (3); mas los penados, los presidiarios y los bandidos de todo género que habian sido armados, estimando que les seria imposible obtener gracia, gritaron; *traicion!* y continuaron poniendo á la ciudad en confusion y desórden.

Los principales miembros del gobierno, rechazados por las cámaras, y no comprendidos en la amnistia, juzgaron prudente tomar las de Villadiego. La autoridad municipal empuñó las riendas del Estado, sin lograr desgraciadamente impedir que una horda de revolucionarios saliese á asaltar el cuartel general de *Filangieri*, situado á algunas millas de Palermo. Hubo con este motivo tres dias de lucha, hasta que, cercándoles el general por todas partes, los deshizo completamente (4).

De tal modo habian assolado á Palermo sus defensores antes de partir, que el general *Filangieri* suspendió su entrada triunfal, á fin de dar tiempo á que se escombrasen las ruinas y se preparasen los cuarteles. Durante este intervalo fueron espulsados los anarquistas extranjeros, principian-do por el general polaco: los no comprendidos en la amnistia partieron al destierro, y todos los culpables perdonados regresaron á sus hogares.

El 15 de Mayo de 1849, aniversario de la victoria de Nápoles, entraron en Palermo las tropas de *Filangieri*, fuertes de 17,000 hombres. A la par aparecia en el puerto la armada napolitana. La revolucion de Sicilia tocó á su fin; y el rey de Nápoles no abrigó ya en su corazon otro pensamiento que el de aliviar las desgracias y reparar los desastres.

(1) Sicilia nel Marzo, etc. 1849. pag. 44.
(2) Relacion ya citada, págs. 61 y 62.
(3) Relacion citada, pag. 62.
(4) Diario de Sicilia, Mayo de 1849.